EL POEMA DE D. ALONSO DE AGUILAR

Con el título de "Un poema épico de Menéndez y Pelayo" publicó Artigas, en el segundo trimestre de 1923 en nuestro *Boletín,* un breve artículo, en el que se daban noticias sobre este *Poema,* que hoy nos decidimos a publicar íntegro a pesar de con letra de su mano dejó escrito don Marcelino: "Prohibo que se publique ni dé a conocer nada de este poema más que su título".

¿Por qué fué tal prohibición y qué alcance puede tener? Esto es lo que vamos a explicar a nuestros lectores para poner en claro nuestro proceder, en primer término, y para que nos absuelvan del pecadillo que cometemos, si por tal lo juzgan.

Como se verá por la portada, que luego se transcribe, en 1871, o sea el año en que terminaba Menéndez Pelayo su Bachillerato en Artes, como entonces se llamaba, concluía también su famoso poema de *D. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja.* "Comenzóse este poema, dice en una de sus cuartillas autógrafas, a 15 días del mes de Mayo de 1871 en Santander." Cuando a fines de septiembre de este año salió para Barcelona con su tutor don José Ramón Luanco, llevaba ya pergeñado todo el borrador de la famosa composición poética. "Acabóse este poema, dice en otra parte, a 12 días del mes de Setiembre en Santander".

He aquí un chico que sin cumplir los 15 años había compuesto ya un largo poema heroico en sonoras octavas reales. Torcuato Tasso comenzó su primer poema *Rinaldo* a los 16 años y no lo terminó hasta los 18; y perdónesenos este recuerdo que no viene a establecer comparaciones, inoportunas y hasta si se quiere desorbitadas, sino a mostrar lo madrugador en todo del talento de Menéndez Pelayo.

Con su poema en el baúl —con baúl se viajaba entonces y con baúl viajó él toda su vida— llegó Menéndez Pelayo a Barcelona; y con el poema escrito en cuadernillos de folio, uno para cada canto, y arrollados debajo del brazo, iba de acá para allá, ahora a las clases, luego a la biblioteca, haciendo en las octavas las enmiendas que se le iban ocurriendo. Su tutor Luanco, hombre de buen humor, le embromaba frecuentemente a cuenta de las musas, no por mortificarle, sino por verle reaccionar y defenderse. *El instrumento,* es decir, el rollo poético de Marcelino, era objeto de cuchufletas y hasta de pareados de los que don José Ramón era buen improvisador.

Pero don Marcelino Menéndez Pintado, el padre del juvenil poeta, lo había tomado muy por lo serio; él iba copiando con su clarísima letra las octavas que, bien pulidas ya y con la última lima, le enviaba el hijo a Santander: "Bien por la lección de Poética, le decía en 10 de enero de 1872; pero al dármela te olvidaste, hijo mío, de que yo estoy poco fuerte en eso; así es que al mandarte la octava para que la reformases, si te parecía conveniente, sólo lo hacía porque no me sonaba bien; por lo demás con haberme dicho que estaba ajustada a las buenas reglas bastaba; de todos modos mándamela otra vez, porque no me he quedado con copia".

Y *Marcelinito* no sólo le devolvía aquella octava ajustada a las buenas reglas para que el padre la copiase tal como quedó en su primera y correcta redacción, sino otras muchas octavas nuevas para otro canto más; canto histórico que podía servir de introducción al *Poema.* Este canto, al que llama el

padre Cuarto, pero que en realidad es el Primero, o el de Introducción histórica, sin numerar como lo insertamos en esta edición, fué compuesto ya todo él en Barcelona y resulta un añadido nada pertinente al asunto del Poema, aun tomando las cosas *ab ovo*.

Sin embargo al padre —que hemos visto por la corrección de la octava que no podía presumir de crítico literario— le agradaban los nuevos versos: "Me gustan mucho las primeras octavas del Canto Cuarto y tengo grandes deseos de que lo concluyas para poder enseñarlo a algunos amigos. No dejes de decirme el juicio que del poema forme el señor Milá."

Yo no sé si leyó Menéndez Pelayo el Poema a su maestro Milá y Fontanals; era demasiado grave y serio aquel don Manuel; pero a quien sin duda se lo leyó fué a don Joaquín Rubió y Ors, su catedrático de Historia, padre de su, desde los primeros momentos, íntimo amigo Antonio, en casa del cual pasaba la tarde muchos domingos, y comía frecuentemente. El mozuco santanderino entretenía a toda aquella familia reunida, recitando versos propios y de otros autores que conservaba frescos en su memoria. Más tarde el simpático *Gayter del Llobregat* escribía a su exdiscípulo y ya colega en la cátedra al recibir la primera edición de sus *Odas, Epístolas y Tragedias,* disculpándose de su incompetencia para juzgar bien tales poesías: "Una cosa puedo sin embargo señalar y me glorío en ello, y es que adiviné en usted al poeta de dotes no comunes y de privilegiado ingenio antes de que los demás supiesen que hacía usted versos".

Sí, señor, aquellas épicas octavas que había recitado en casa de Rubió y Ors y que tal vez había oído también su maestro Vidal y Valenciano y que le aplaudían los compañeros cuando entre clase y clase se las leía, que obtuvieron muchos plácemes para el padre al enseñárselas orgulloso a algunos amigos, merecían ir a las prensas; había que publicar el Poema.

De eso se trató aquel verano del 1872 cuando Marcelinito regresó a Santander en vacaciones. El tío Baldomero, herma-

no de su padre, que por entonces vivía en Madrid, como escritor y hasta autor dramático *aliquando,* y como político, debía relacionarse con don Benito Pérez Galdós, quien tenía autoridad en varias revistas literarias de la que, por gracia de la aceptación de la Corona de España por Don Amadeo de Saboya, acaba de volver a ser Villa y Corte. Y habló en efecto don Baldomero a don Benito, y prometióle éste que publicaría el poema de su sobrino: "Baldomero me ha escrito, le decía su papá en carta de 17 de octubre del 72, diciéndome que ha visto a Pérez Galdós, el cual ha quedado en avisarle cuando se vaya a publicar el *Poema;* pero no le ha dicho cuándo será".

Y en espera de ese aviso de Galdós quedan padre e hijo impacientes y soñando con ver pronto en letras de molde el famoso *Poema.* Sueñan ambos pero no la madre, poco letrada, es cierto, pero muy equilibrada señora, a quien preocupan ya tantos afanes literarios de su hijo, tanta absorción por los libros y tantas distraciones en las cosas más triviales de la vida; la preocupan y hasta la encelan. Es un *insensato,* dice ella con frecuencia; parece que quiere más a su Ovidio y su Oracio (sic) que a su madre.

El Poema no acababa de salir a pública luz; pero eran ya tantos los que de él habían oído hablar, los que habían leído algunas octavas, que la impaciencia por conocer la composición hubo que calmarla dando una lectura en público: "El viernes, le escribe el padre en 23 de octubre del 72, se celebró *por fin* la sesión literaria en este Ateneo, en la cual se leyó la *Introducción* y el *Primer Canto* del Poema; para lo cual de acuerdo con Juan,[1] saqué una copia con las correcciones que tú habías hecho, sólo que le pareció a Juan que no debíamos suprimir las primeras octavas. Gustó mucho y la prensa local, al hacer las reseñas de la sesión, te dedica frases muy lisonjeras; otro día te remitiré las reseñas, pues hoy no tengo los periódicos".

---

[1] Don Juan Pelayo y España, tío materno de don Marcelino.

Todo era parabienes y enhorabuenas; la gente de letras de Santander, después de la lectura que en el Ateneo había dado don Víctor Oscáriz, catedrático de Retórica en el Instituto, no hacía más que hablar del famoso Poema y de su jovencísimo, casi infantil, autor. Pero en Madrid no marchaban las cosas tan esperanzadoramente como en un principio. Pérez Galdós comenzaba a disculparse con aquello de la *abundancia de materiales,* según comunicaba al tío Baldomero en los primeros días de noviembre; y transcurrió todo aquel año del 72 sin que saliesen a luz las octavas reales del estudiante santanderino.

A principios de 1873 interviene Pereda con Galdós y le apremia para que dé a la estampa el *Dn. Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja.* Don Benito no se niega, pero expone nuevas dificultades: ¡Es tan largo aquel poema para darlo en un artículo de revista! Así lo dice para conocimiento del propio autor y de su buen padre. Este comenta con el hijo en carta de 7 de febrero del 73: "También a mí me ha escrito Baldomero, diciéndome lo mismo que a ti; mucho siento la mutilación que va a sufrir el Poema, pero no estoy conforme en lo de suprimir el primer canto; en lo que Juanito opina lo mismo que yo, creyendo uno y otro que debes dejarlo al criterio de Pérez Galdós y esperar el resultado que ya no se hará esperar mucho tiempo."

Mas a pesar de la supresión de ese primer canto histórico sobre la Discordia, supresión muy acertada, pues aligera y queda más ceñido al asunto el relato, Galdós no se daba prisa a publicar el tan traído y llevado Poema; "para las Calendas Griegas" opina don Marcelino, padre, que va dejando este negocio. Menéndez Pelayo gestiona entonces la publicación de sus versos en Barcelona. Ha leído sus cantos a varios amigos literatos y todos se los aplauden; pero como Galdós, con estos o los otros pretextos, ningun se decide a publicarlos.

Va sintiendo desvanecerse su primera ilusión, su sueños de poeta novel; no consigue ver en letras de molde aquel su

primer ensayo para el que ya desde 1871 tenía hecha la siguiente portada:

OBRAS DE MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

D. ALONSO DE AGUILAR

EN

SIERRA BERMEJA

POEMA HEROICO EN OCTAVAS REALES

DE

MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYÓ

BACHILLER EN ARTES

(VAN ADJUNTOS EL POEMITA, TRADUCIDO DE LOS METAMORFÓSEOS DE OVIDIO Y TITULADO: PÍRAMO Y TISBE, LA TRADUCCIÓN DE LA ÉGLOGA VIII DE VIRGILIO Y DIFERENTES POESÍAS DEL AUTOR)

Primera edición con notas

SANTANDER
1871

Aquello se ponía serio. Luanco, su tutor, ya no le gastaba bromitas con el *instrumento;* el padre había terminado de hacer copias y más copias de cantos enteros, y ya en sus cartas no le habla más de Baldomero ni de Pereda, ni de Galdós, ni de *D. Alonso de Aguilar*. Hay en la correspondencia como un tácito convenio de no volver a tratar aquel asunto desagradable.

Hay además otras cosas que están cambiando rápidamente. Aunque sus papás le llaman todavía Marcelinito, le recomienda ya que se afeite de vez en cuando para que esté presentable; va a cumplir los 17 años; estudia el segundo curso de Facultad y, lo que es más importante... se ha enamorado. Es ya un hombre y empieza a ver el mundo con otros ojos; no

son las aventuras guerreras de *D. Alonso* las que le seducen; ahora, su dulce Belisa le ha embargado por completo los sentidos:

"Yo vi, señora, tu beldad riente
En la sonante playa laletana,
Donde eleva Favencia la romana
Hacia las nubes su murada frente.
Te vi, te amé, mi corazón fué preso
Entre los rayos de tus claros ojos,
Entre las redes de tu crencha hermosa;
¡Feliz quien pueda, de tus labios rojos
Ebrio de amor arrebatar un beso,
Y venga sobre mí la muerte odiosa!"

Y allá van ahora sonetos en serie a su primer amor, aquella "hija cual yo de la Cantabria fuerte", que le traía *anyoranzas* de su tierruca y despertaba en él nueva inspiración. ¡Pobre *D. Alonso de Aguilar*! En el fondo del baúlmundo del estudiante yacía fajado como una momia egipcia en su ataúd. Ya no volvió a acordarse de él. Quizá al regresar a su hogar en el verano de 1873 echó una mirada, entre enfadada y desdeñosa, al famoso rollo y lo guardó detrás de aquella nueva estantería que acaba de mandar construir su padre, y de la que le había cedido dos terceras partes para que colocase su ya abundante biblioteca.

Aquel curso del 73 al 74 fué a estudiar en la Universidad de Madrid, y desde allí mandaba colaboración para *Miscelánea Científica y Literaria,* de Barcelona. Algunas de aquellas "diferentes poesías del autor", que habían de acompañar al *D. Alonso de Aguilar* cuando se publicase el primer volumen de las proyectadas *Obras de Marcelino Menéndez Pelayo, Bachiller en Artes,* aparecieron en la revista barcelonesa durante el 1874.

Terminada brillantemente su carrera en el curso del 73 al 74, doctor ya en letras en 1875, sin haber cumplido los 19 años, comenzó, de vuelta a su hogar, a hacer proyectos y a revisar apuntes y papeles. Y entre éstos debió de aparecer su *D. Alonso,* el héroe de Sierra Bermeja, cubierto no del polvo de las

batallas, sino del de los anaqueles. D. Marcelino pasó una mirada comprensiva sobre el Poema, y se sonrió inteligentemente, sin pizca de resentimiento ni amargura. Ni los sonetos clásicos que había dedicado a su *Belisa* le satisfacían; ensayaba entonces nuevas formas poéticas, escribía en verso blanco, huyendo del martilleo de la rima, traducciones de clásicos griegos y latinos, sáficos y laverdaicos que enviaba a su amigo y maestro D. Gumersindo, quien amorosamente y parándose en los detalles más nimios, se los retocaba aconsejándole. Caminaba a pasos de gigante al molde más acabado de su expresión poética: la *Epístola a Horacio, La Galerna del Sábado de Gloria,* la *Carta a mis amigos de Santander.* Se había convencido de lo que tal vez ya por entonces le habría dicho su amigo D. Juan Valera, quien hablando de su asombrosa facilidad para versificar había de expresarse poco años después con bella frase en el discurso con que le recibió en la Real Academia de la Lengua: "su Pegaso pide más que espuela, freno".

El freno que él supo ir poniendo a su desbordada fantasía, la armonía interna, la euritmia y engarce sonoro de versos y estrofas, que disciplinadamente le hace pasar casi sin sentir, del verso libre a la maravilla de su prosa en la que a veces los párrafos son también como estrofas de un canto.

Y si en este aspecto de la forma poética estaba ya muy lejos de las octavas de su infantil poema, más aún se había distanciado en cuanto a los asuntos. Ya no canta las armas y a los esforzados guerreros al modo clásico, ni los tiernos amores, queriendo emular al divino Herrera, a Dante y a Petrarca:

"Que al nombre celestial de mi Belisa
Al olvido darían su tormento
Dante, Petrarca y el divino Herrera".

Continúa haciendo versiones de clásicos; pero tanto en éstas como en las poesías originales hay una nueva fuente de inspiración, temas de más trascendencia, una rara mezcla de paganía y cristianismo, un nuevo arte de "verter añejo vino en odres nuevos". Y todo ello encuadrado en un fondo filosó-

fico en el que sobresalen las *puras, bienaventuradas, ideas platónicas.*

En aquel verano de 1875 es cuando traduce *La Hechicera,* de Teócrito, la hechicera que con sus conjuros hace volver al amor que se aleja; dos composiciones de Catulo, aquel Catulo cuyos versos se había aprendido de memoria repasándolos en la edición microscópica que le había regalado Posada Herrera, y que llevaba de chico en el bolsillo del chaleco; dos odas de Horacio, de su Horacio, el "monarca de la lira", al que tal vez ensayaba ya dirigir su famosa *Epístola;* un fragmento de Petronio sobre cuyo *Satyricón* había tratado largamente en su tesis doctoral; el *Himno* de Prudencio, poeta cristiano, *A los mártires de Zaragoza;* y los *Sepulcros* del descreído Hugo Fóscolo; y aquella inspiradísima *Paráfrasis de una oda teológica de Sinesio de Cirene,* en versos que no hubiera desdeñado el mismo Fray Luis de León.

"Huyo de la falacia
De profanos amores,
Por el eterno amor que nunca sacia;
De mundanos loores,
Por el divino aliento de la Gracia.

¿Es comparable el oro,
O la beldad terrena,
O de los reyes el tesoro,
O la amorosa pena,
Al pensamiento del Señor que adoro?"

Sí, era ya otro; estaba alcanzando en tan temprana edad la madurez de un hombre de estudios; había dado a luz varios trabajos de crítica literaria: sobre las *Obras inéditas de Cervantes,* publicadas por D. Adolfo de Castro, sobre *Pedro de Valencia, Noticias para la historia de nuestra métrica, Noticias literarias sobre los jesuítas españoles extrañados del reino en tiempo de Carlos III,* varias *Noticias bibliográficas,* su peregrina tesis doctoral *La Novela entre los latinos;* tenía dispuesto para la imprenta su estudio sobre *Trueba y Cosío* y más de *50 biografías* para su *Biblioteca de Traductores,* tres

de ellas premiadas en un solo concurso de *La Ilustración Española y Americana.* Era colaborador de esta revista, de la *Revista Histórico-Latina* y de la *Miscelánea Científica y Literaria,* de Barcelona, de la *Revista Europea* y de *La Tertulia;* se había hecho ya amigo de Valera, de los Pidales, y de otros muchos hombres de letras madrileños; formaba con los de Santander la Sociedad de Bibliófilos Cántabros y recogía datos para escribir toda una colección o biblioteca de *Escritores montañeses;* poseía ya sólidos conocimientos científicos, históricos y filosóficos —a pesar de haber querido suspenderle Salmerón en Metafísica el año anterior— como pudo demostrarlo pocos meses después al comenzar la polémica sobre "*La Ciencia Española*".

Era por tanto natural que aquel candoroso poema infantil, en el que hay versos que recuerdan mucho los de Quintana, Gallego, el Duque de Rivas, etc. y en los que las imitaciones de los grandes poemas clásicos *La Ilíada* y *La Eneida* son tan patentes y directas que a veces parecen calcos, hiciese sonreír a su autor y no quisiera éste que tal ingenuidad poética, que tantas desazones le había proporcionado de niño, viese la luz pública. Y entonces fué —por el mismo carácter de letra ya casi hecha se puede reconocer también la época—cuando, en una de las copias del poema, escrita por su padre, no en el original autógrafo que también se conserva, estampó su prohibición de que se diese a conocer del poema más que el título.

Había que prevenirse; porque su buen padre y su tío Juan —*Juanito*— y algunos entusiastas amigos, a los que las sonoras estrofas retumbaban aún en los oídos, eran muy capaces de organizar durante sus proyectadas ausencias nuevas lecturas públicas del poema, como aquella del Ateneo en el año 72, o de imprimirlo, al menos en edición privada, para que lo conociesen íntegro sus paisanos, sus profesores y amigos.

Este es, a mi modo de ver, el sentido claro de la prohibición de don Marcelino de que se diera a conocer su Poema. La puso al frente de una de las copias del padre porque para él y los suyos estaba escrita principalmente; si Menéndez Pelayo hubiera deseado que el Poema no se diera jamás a la

estampa lo hubiera roto; habría destruído el original y todas las copias en lugar de conservarlas tan cuidadosamente.

No era para darlo entonces a la estampa aquel su ensayo infantil, que nada podía añadir al lauro de poeta al que aún aspiraba por entonces con todo entusiasmo; pero se daba ya cuenta Menéndez Pelayo de que su personalidad de escritor había de pertenecer a la historia, y que aquellos sus primeros pasos por el camino de la poesía podían interesar al historiador, al biógrafo de mañana. Publicarlo él o consentir que sus deudos publicasen el poema de *Dn. Alonso de Aguilar* hubiera sido una inocentada; el que ahora, a los 42 años de muerto su autor y en vísperas de la conmemoración del Centenario de su nacimiento, en el que se han de hacer estudios serios sobre las distintas facetas de la personalidad literaria de don Marcelino, lo demos nosotros a conocer, nos parece un deber, que nos agradecerán muchos y que al mismo autor no había de desagradar.

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES